

Raro es oírles lanzar su grito: Audubon es el único naturalista que pudo escuchar cómo graznaban. La delicadeza de sus sentidos debe ser notable, según las afirmaciones unánimes de todos los observadores; la vista, sobre todo, es maravillosa. La fragata que cruza los aires, dicen, debe distinguir el más diminuto pececillo que nada en la superficie de las aguas, ó por lo menos dominar completamente una vasta extensión; en este caso, el desarrollo de su vista se asemeja al de muchas aves de rapiña. La inteligencia de las fragatas no parece ser de las más notables; pero les basta para distinguir á los amigos de los enemigos, desarrollándose más y más por la experiencia.

Por lo regular no se muestra tímida, aunque suele mantenerse á cierta distancia del hombre, del cual no se fia; observa cuidadosamente la barca de los pescadores, la sigue, y cuando se trata de sacar la red con los peces, acércase tanto, que se la puede matar con los remos, ó coger con las manos, según vió Rosenberg en la isla de Ceram.

Solo se cuida de los otros animales cuando pueden serle de alguna utilidad: Audubon asegura que acomete al planga y al pelicano, persiguiéndoles hasta que sueltan la presa que han hecho; mientras que otros naturalistas se pronuncian contra esta antigua creencia. El príncipe de Wied ha visto á menudo las fragatas solas, ó de dos en dos, alejadas á pocas leguas del mar, y cerniéndose sobre los lagos ó los pantanos, donde disputaban en el aire su presa á las rapaces. Cuando á esta ave le acosa el hambre, depona todo temor, y se precipita, aunque sea en los pueblos, sobre los peces ó pedazos de carne que ve en la superficie del agua, ó bien se reúne en bandadas con otras aves de su especie para devorar cuanto le es posible de algún resto putrefacto. La mezcla de colores parece producir una impresión singular en la fragata águila: Chamisso nos refiere que algunos individuos de la especie se lanzaban como sobre una presa contra los pabellones de su buque; Bennett asegura haber visto la misma cosa. Las fragatas se defienden con valor cuando se las acomete, y llegan hasta el punto de tomar la ofensiva contra los perros grandes, como nos dice Tschudi. Según Bennett, se da el caso algunas veces de que luchen largo tiempo con los plangas; los cogen con las uñas, y todos caen al agua desde lo alto.

Los peces voladores constituyen, al parecer, el alimento principal de la especie, sin despreciar tampoco algún pequeño vertebrado. Audubon sospecha que roba los pelicanos pequeños del nido; otros naturalistas opinan que se apodera de los pajarillos. En cuanto á los peces, Gosse nos refiere que no los coge solo con el pico, sino también con las garras, y que los devora en seguida.

En las regiones septentrionales de los límites que frecuentan, las fragatas trabajan en sus nidos hácia mediados de mayo, poco más ó menos; van á la intermediación de las islas donde se han reproducido en años anteriores, y ocupan todos los sitios convenientes, á veces en número de quinientas parejas ó más. Se ve á varias de ellas describir círculos durante algunas horas, y á gran altura sobre las islas; mientras que las otras se ocupan en construir sus nidos ó reparar los antiguos. Pequeñas astillas desprendidas de los árboles, ó encontradas al acaso en el agua, son los materiales que emplean, disponiéndolos con cierto arte. Por lo general sitúan su nido en el lado del árbol que mira al mar, y con preferencia en aquellos cuya copa se inclina sobre el agua: algunos están en la bifurcación de los grandes troncos, otros en la parte más alta; suele haber varios en un mismo árbol. La puesta consta, según Audubon, de dos ó tres huevos de cáscara gruesa, de 0",065 de largo por 0",055 de grueso; su color es blanco que tira al verde; á veces toman el tinte de las materias que hay en el nido. La cola y las alas de los padres que cubren

sobresalen del nido lo menos un pié, y algunas veces más. Es probable que macho y hembra tomen parte en la incubación; en cuanto al primero no cabe duda, y Bennett cree que se consagra á ella más que su compañera. Los pollos nacen cubiertos de una pelusa blanco-amarillenta; al principio parece que no tienen piés. Permanecen largo tiempo en el nido, porque es muy lento el desarrollo del aparato del vuelo.

Bryant dice que las fragatas anidan algunas veces en las rocas peladas, y en compañía de los plangas: en una roca de la isla de Bahama había unas doscientas parejas, cuyos nidos estaban tan próximos unos de otros, que ocupaban solo una circunferencia de 15 metros; en medio de las fragatas no había plangas; pero al rededor encontrábase á millares; Bryant pudo coger con la mano individuos jóvenes y viejos, casi sin espantarlos, y aunque después de oír una detonación se remontaron por los aires, lanzando gritos atronadores, pronto volvieron á sus nidos. Según indica dicho naturalista, cada puesta se compone de un solo huevo.

CAUTIVIDAD.—Las fragatas cautivas llegan alguna vez á nuestras jaulas y se conservan varios años si se las cuida bien. Los individuos que yo ví resistíanse á comer voluntariamente, por lo cual fué preciso introducirles el alimento. Permanecieron en una posición poco graciosa casi sin moverse, no solo horas sino días enteros en el mismo sitio, y distinguían á su guardián de todas las demás personas.

LOS PLOTIDOS—PLOTIDÆ

CARACTERES.—Esta familia se compone de un solo género, el de los aningas (*Plotus*), y este á su vez de solo tres especies conocidas.

Estas aves se distinguen por el cuerpo muy prolongado; el cuello de una largura extraordinaria; cabeza plana; pico largo, recto, delgado, fusiforme y muy puntiagudo, de bordes cortantes, dentados hácia la extremidad; piernas situadas muy atrás; tarsos cortos, gruesos y fuertes; dedos anchos; alas cortas y muy agudas, con la tercera rémige más larga; cola prolongada, compuesta de doce pennas resistentes, ensanchadas en la punta y muy flexibles.

La estructura interna ofrece, según las investigaciones de Audubon, todos los caracteres de la de los cuervos marinos, con la única diferencia de que el cráneo es mucho más pequeño y prolongado, y que las vértebras cervicales recuerdan las de la garza real por su longitud.

EL ANHINGA DE LEVAILLANT—PLOTUS LEVALLANTII

CARACTERES.—En esta especie predomina el color negro con lustre verdoso metálico; el lomo y las tectrices de las alas ostentan unas anchas fajas centrales de un blanco plateado; el cuello es de color de orín; una faja que partiendo de los ojos se corre por los lados del cuello es de un negro pardo, y otra que hay debajo, blanca; las rémiges y las rectrices son negras, estas últimas más claras en la punta. Los ojos son de un amarillo metálico ó rojizo; la parte desnuda de la cabeza de un verde amarillo; el pico de color de cuerno y los piés verdosos. La longitud de esta especie es de 0",86, por 1",08 de ancho de punta á punta de las alas; estas miden 0",34 y la cola 0",25. En la hembra todos los colores son menos vivos; la diferencia entre su plumaje y el del macho no es sin embargo considerable.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El aninga de Le Vaillant es propio del Africa, donde se encuentra en todas

las aguas desde los 15° de latitud hasta el Cabo de Buena Esperanza.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—He observado con frecuencia el aninga de Le Vaillant durante mi viaje al Nilo Blanco y al Nilo Azul, y pasé muchas horas y hasta días enteros estudiando su manera de cazar; pero no tan detenidamente como Audubon lo hizo con el aninga vulgar (figura 237). En la descripción que sigue debo atenerme, por lo tanto, á los relatos de este naturalista, mientras concuerden con mis propias observaciones.

Los aningas habitan los ríos, los lagos y pantanos en cuyos alrededores hay árboles, sobre todo cuando en medio de estas corrientes existen islas cubiertas de bosques. Abandonan los árboles por la mañana para dar principio á su cacería; luego vuelven al mismo sitio para dormir ó descansar, y allí es donde se encuentra comunmente su nido. Sin embargo, imitando algunas veces á los cuervos marinos, reposan en las rocas; pero solo cuando no encuentran árboles. Los maravillosos pantanos del sur de los Estados-Unidos, tan prodigiosamente ricos en animales, ó los ríos ó lagos formados por las lluvias del Africa central, del Asia meridional y la Nueva Holanda, son frecuentados por un gran número de aningas, que encuentran allí cuanto necesitan para su existencia. No podemos decir que estas aves sean tan sociables como los cuervos marinos, pues no se ven casi nunca más de diez á veinte individuos reunidos; suele haber, no obstante, de cinco á ocho en un mismo sitio del lago, del estanque ó del río, y con frecuencia se reúnen por la tarde varias de estas pequeñas familias en los árboles que les ofrecen mejor abrigo para dormir. Durante la estación de la puesta acuden á los sitios favorables en número mucho mayor.

Es casi imposible encontrar para esta especie un nombre más apropiado que el de *ave de cuello de serpiente*, con que los hotentotes designan á los aningas: dicha parte recuerda efectivamente al reptil citado, y no solo tiene su aspecto, sino que se mueve también de una manera análoga. Cuando el ave nada entre dos aguas, trasfórmase en serpiente, y al prepararse para rechazar á un enemigo ó acometerle, lanza su cuello hácia adelante con tan vertiginosa rapidez, que no se puede menos de compararle con la víbora.

Todos los aningas despliegan su fuerza de acción en el agua; son nadadores consumados y buzos perfectos, hasta el punto de que un cuervo marino parece torpe junto á ellos; aventajan por tal concepto á todas las aves, por lo menos á las de su orden, y hasta me parece difícil que las pueda igualar ninguna nadadora. Cuando pueden pescar sin ser molestados, ó se creen seguros, nadan hundiendo la mitad de su cuerpo en el agua: más apenas divisan un hombre ó un animal peligroso, se sumergen tan profundamente, que solo se distingue en la superficie su delgado cuello. Por este medio evita el aninga las miradas con prodigiosa rapidez, y se puede pasar muy bien delante de él sin verle, aunque se halle en una corriente del todo descubierta. Cuando se encuentran en medio de los juncos ó de las breñas, no necesita hacer gran esfuerzo para escapar de la vista más penetrante: si se le persigue, se sumerge al momento con admirable destreza; no se sirve para ello de sus alas, sino que las tiene á corta distancia del cuerpo; pero rema con las piernas y se dirige con la cola. Muévase con tal rapidez, soltura y aplomo, que deja atrás al pez más rápido: recorre extensiones de más de 60 metros en menos de un minuto; y hasta parece que debajo del agua avanza más que por la superficie. En tierra firme adelanta con gran dificultad; se bambolea y vacila, aunque relativamente anda con bastante ligereza. En medio del ramaje se distingue por su destreza, pues no se con-

tenta con sostenerse en las ramas, sino que sabe trasladarse de un sitio á otro, aunque necesite servirse de las alas desplegadas, á fin de conservar el equilibrio, utilizándose también del pico como punto de apoyo.

El vuelo de los aningas se parece de tal modo al de los cuervos marinos, que se da el caso de confundir los dos géneros; parece que no lo ejecutan sin esfuerzo, más á pesar de ello es muy rápido y sostenido. El aninga de Le Vaillant rasaba muy de cerca la superficie de las aguas, conservándose en cuanto le es posible á la misma altura. Cuando quiere posarse en un árbol, remóntase hasta su copa trazando rápidas curvas, revolotea un momento y se coloca en el ramaje; si quiere pasar de una corriente á otra, elévase á impulso de repetidos aletazos á una considerable altura, se cierne en redondo, aprovecha la dirección del viento para llegar á la elevación deseada, y continúa su vuelo. Durante el período del celo se remonta á tanta altura, que pasa desapercibido á la mirada, y se complace en describir curvas durante largo tiempo. A las horas del medio día se entrega al descanso como los cuervos marinos, en ramas secas ó islas pedregosas del río; despliega las alas, y se hace aire con ellas de vez en cuando para refrescarse. Todo aninga que ve á uno de sus congéneres en esta posición, no deja nunca de reunirse á él, y á ello se debe que el sitio elegido para lugar de reposo, en medio del río, suele estar ocupado á ciertas horas por varios individuos, que le indican desde lejos. Estas aves toman tal preferencia á estos sitios como á los que escogen para dormir, y á los que vuelven siempre aunque se les haya ahuyentado varias veces.

En cuanto á sus demás cualidades, los aningas no ofrecen semejanza sino con los cuervos marinos: los instintos de las aves de ambos géneros son más ó menos idénticos. Los aningas no parecen sociables más que con los individuos de su especie, pues cuando se encuentran con pelicanos, cuervos marinos y fragatas, ó se mezclan con garzas reales en la época de la puesta, mantiéñense un poco separados, siempre reunidos entre sí, y no imitan en nada á las demás aves. Parece que los individuos de una misma bandada viven en buena inteligencia entre sí, aunque su excesiva envidia es motivo algunas veces de empeñadas riñas. Desconfían mucho del hombre ó de otros seres peligrosos; una vez fuera de los lugares que frecuentan, manifiéstanse muy prudentes, y cuando se les persigue cobran mucho recelo, lo cual indica mucha comprensión en estas aves.

Los aningas pescan á la manera de los cuervos marinos, es decir, sumergiéndose: persiguen á los peces moviendo rápidamente sus remos, y cuando los tienen á su alcance, los cogen alargando de pronto el cuello. En alta mar, según Tschudi, precipítanse con la mayor celeridad sobre su presa, pero rara vez se posan sobre las olas; remóntanse al momento con el pez y le devoran volando: yo no trataré de discutir la exactitud de este aserto. Los aningas vuelven regularmente con su presa á la superficie del agua, y se la tragan en seguida; necesitan mucho alimento, porque son sumamente voraces; pero á la manera de las demás aves de rapiña y las pescadoras, pueden sufrir un prolongado ayuno. Sin embargo, por lo regular no se ven reducidos á la abstinencia, y les es dado satisfacer su apetito. Bachman, amigo de Audubon, vió que un aninga que él tenía, digirió en hora y media un enorme pez de 0",20 de largo por 0",05 de diámetro, que á duras penas pudo tragar; y este voraz esteganozó se comió luego, en la misma mañana, otros tres peces casi del mismo tamaño. Cuando se le presentaban pequeños, como de unos 0",08 de largo, cogía hasta cuarenta ó más de una vez. Los aningas no parecen establecer diferencia entre las diversas especies de peces, y es muy probable que, como los cuervos